

C. 127402

Comparacion entre las escuelas
filosóficas paganas y la cristiana

R
1881

DISCURSO

LEIDO

POR EL DIRECTOR DEL COLEGIO DE SEGUNDA ENSEÑANZA

ESTABLECIDO

EN

EL RASILLO DE CAMEROS,

DR. D. JOSÉ SAENZ NAVARRETE,

EN EL

ACTO DE LA APERTURA DEL CURSO DE 1874 A 1875.



LOGROÑO:

Imp. de Federico Sanz, Mayor, 121.

1874.

R
1881

C. 127402

R
1889

DISCURSO

LEIDO

POR EL DIRECTOR DEL COLEGIO DE SEGUNDA ENSEÑANZA

ESTABLECIDO

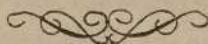
EN

EL RASILLO DE CAMEROS,

DR. D. JOSÉ SAENZ NAVARRETE,

EN EL

ACTO DE LA APERTURA DEL CURSO DE 1874 A 1875.



R. 23.393



LOGROÑO:

Imp. de Federico Sanz, Mayor, 121.

1874.

Señores:

La solemne apertura del curso de 1874 á 75 me proporciona la honrosa ocasion de hablaros de nuevo; y el favor siempre creciente que venis dispensando á este modesto centro de enseñanza, me obliga á hacerlo con satisfaccion creciente tambien en cuanto cabe, y con el doble interés no solo de corresponder á vuestra inmerecida atencion y exquisita benevolencia, sino con el de ofrecer á los amantes del saber, y en especial á estos jóvenes alumnos, algun nuevo elemento de riqueza para su tesoro científico. Conocido es ya de todos mi programa especulativo y práctico: los discursos de los años anteriores ponen de manifiesto, al docto y al que no lo es, cuáles son mis convicciones inquebrantables así en materia de creencias como en punto á la moralidad; y pues que respecto á lo último nos hemos extendido un tanto mas, por creer que, si nó en el orden lógico, es primero en el orden de los hechos formar el corazon, para que lo siniestro de las pasiones no sea óbice á la educacion de la inteligencia, comenzaremos este año una série de trabajos didáctico-oratorios en que sin afectacion y con lisura hagamos ver poco á poco cuáles son las verdaderas, las únicas soluciones que pueden darse á los mas importantes y trascendentales problemas que fatigan las inteligencias de los hombres pensadores. Y no es que yo me considere ni pueda considerarme superior á tantas eminencias como en Europa y fuera de ella trabajan con asídúo afan en resolver las importantísimas cues-

liones que sirven de base á la filosofía; no es siquiera que yo tenga la vana pretension de hombrrear con las primeras tallas científicas; es que aleccionado por la experiencia de tantos otros que, confiando demasiado en su pericia, naufragaron lastimosamente al engolfarse en las últimas sinuosidades del saber, tendré la precaucion, sin temor de que se llame cobardía, de preparar y mantener á la vista el único faro que á la razon puede servir de guía en los momentos de apuro, y contra cuyas indicaciones todo paso conduciría inevitablemente al abismo; es que al penetrar en el campo de la ciencia racional, no soltaré de la mano la luciente antorcha de la fé.

Al tender la vista sobre el mundo científico contemporáneo, no puede menos de llamar la atencion la incansable actividad con que se trabaja casi por todas partes en la organizacion y exposicion sistemática de los diversos ramos del saber humano. No hay ciencia ni arte que deje de tener sus cultivadores, sus escuelas, sus publicaciones, sus congresos, y en fin, sus centros de accion y de propaganda. Las matemáticas, la cosmografía, la astronomía, la geología, la antropología, la historia natural toda, la física, la química, la medicina, la historia, especialmente en su parte crítico-filosófica, la lingüística, la etnografía, todo el campo de la razon, en una palabra, se encuentra en efervescencia; pero en lo que se trabaja bajo la forma mas dogmática y misteriosa es en lo que propiamente se ha dado en llamar filosofía, y singularmente en la metafísica. Un siglo hace que la Alemania, á favor de las circunstancias porque atravesaban las otras naciones, y merced al carácter especial de sus filósofos, alcanzó y aun conserva la supremacia en este punto; la escuela alemana es la escuela maestra desde entónces, y ora bajo la forma del idealismo trascendental de Kant, ora bajo la del idealismo subjetivo de Fichte, ya bajo la del idealismo objetivo ó identidad absoluta de Schelling, ó ya, por fin, bajo la del panteísmo idealista de Hegel, la metrópoli de la moda filosófica ha sido la Alemania. Los hombres de los demás países han tenido á mucho honor su incorporacion á la bandera germánica, y hoy mismo los crasos errores de aquella escuela se introducen con orgullo y con carácter semi-oficial hasta en las cátedras de nuestras ántes celebradísimas universidades. Yo no sé si la Academia de la lengua agradecerá á

los germanófilos el caudal de voces, frases y giros con que á semejanza de Caton y Ennio enriquecen la lengua pátria; pero no puedo perdonarles la superchería de intentar vendernos como doctrina nueva las aberraciones que estoy cansado de ver y despreciar en las escuelas racionalistas más antiguas; y como no me gusta imitarlos ni aún en el irresistible dogmatismo con que exponen y no prueban sus exóticas teorías, voy á molestar hoy vuestra atencion recorriendo ligeramente las principales escuelas filosóficas que desde los tiempos más remotos han intentado dar solucion, sin contar con la fé, á los grandes problemas relativos á Dios, al hombre, á la naturaleza y á sus mútuas relaciones.

Al querer bosquejar el cuadro histórico de la filosofía entre los pueblos que no conservaron la primitiva revelacion en su pureza, nos ocurre en primer término la India, y en la India el panteísmo. No ignoro que algunos críticos de juicio han querido decir que los libros de los indios están libres del panteísmo, y que los pasajes oscuros de los Vedas tienen fácil explicacion en la viveza y exageracion propias de la imaginacion oriental; sé tambien que otros no menos respetables hacen derivar de aquellos libros sagrados el sistema de las emanaciones ó sea el panteísmo teológico; pero lo que no puede ponerse en duda es que el sistema Vedanta reconocido unánimemente como la más genuina exposicion filosófica de los Vedas, sienta abiertamente el panteísmo, y se esfuerza por demostrarlo. «Solo Brahma existe, dice, y todo lo que no es Brahma es una pura ilusion. Brahma es el Sér uno, eterno, puro, racional y exento de todo límite. Si fuera de él existieran realidades múltiples, limitadas y compuestas, sería preciso que las hubiese producido Brahma; esta produccion no sería posible, á no ser que Brahma tuviese en su seno un principio real de imperfeccion, de limitacion y de multiplicidad; cosas que repugnan á su esencia; luego todo lo que no es Brahma es una pura ilusion. De donde se sigue que el espíritu del hombre, en sus rela-

ciones con la verdad, existe en dos estados, uno de los cuales corresponde al de vigilia y otro al de sueño. Cuando considera al mundo, á los hombres y á sí mismo como si fueran seres distintos de Brahma, se encuentra en estado de sueño, y realiza fantasmas de la imaginación; cuando reconoce que Brahma es el todo, se eleva al estado de vigilia, y la ciencia no es otra cosa que ese despertar de la humanidad. Brahma, continúa, es como una masa de arcilla de la cual han sido formados todos los seres particulares; es como la araña eterna que saca de su seno el tejido de la creación, como un fuego inmenso del cual centellean millares de chispas, como el océano del ser, en cuya superficie aparecen y desaparecen las olas de la existencia, la espuma de estas olas, las burbujas de esta espuma que parecen distintas unas de otras y que son el mismo océano. Pero aún estas imágenes son demasiado imperfectas; los diferentes seres pueden á lo más ser concebidos como nombres múltiples de Brahma, nombres vacíos de sentido y completamente engañosos. » *Vindischsman « de theologumenis Vedentorum. »* No puede pedirse cosa más terminante.

Pero no es esto solo. Al lado del panteísmo se encuentran sin dificultad otros de los errores modernos entre los varios sistemas ortodoxos y heterodoxos de la India. El Budhismo ó sistema de Budha, dividido en tres escuelas, enseña otros tantos errores de los que luego han querido pasar como modernos. Hay una que enseña el espiritualismo é idealismo, sin admitir otra existencia que la de los espíritus; hay otra que enseña por el contrario el materialismo y el sensualismo con su base atomística, y otra por fin que no admitiendo más existencia que la del yo, origen de todos los fenómenos, nos presenta con toda claridad el panteísmo subjetivo al estilo moderno.

Paso en silencio los demás absurdos de la India, como lo relativo á las castas, por no ser tan conducentes á nuestro propósito; nada digo del dualismo de los persas con su Ormuz y su Ahriman que representantes durante muchos siglos del bien y del mal, acaban por hacer una alianza monstruosa destructiva de toda moralidad intrínseca y esencial; no me detendré en el dualismo egipcio representado por Osiris y Tiphon, ni aún en las emanaciones de su Pirómis, Kneph y Phta, Osiris é Isis; paso por alto el fatalismo astrológico de los Cal-

deos, y las teorías tanto metafísicas como morales de los chinos; omito por último el exámen crítico de los Eddas con los misterios druidicos y la metempsicosis tan comun en todos los pueblos antiguos, y paso de una vez á las escuelas griegas, que tienen el privilegio de haber dado á la filosofía su forma verdaderamente científica.

Tháles de Mileto el primero de los siete sábios de Grecia, lo es tambien de los filósofos de la escuela jónica. Para él hay un Dios espíritu, y una primera materia, el agua, fecundada por aquél: de ella produce todas las cosas. Admite pues la materia eterna; pero no es ateo ni panteista. Su discípulo Anaximandro, corrompiendo la doctrina del maestro, no reconoce mas principio que la materia caótica, de donde por un eterno movimiento de composicion y descomposicion, de union y separacion nacen y se originan todos los séres. Anaximeno, siguiendo las huellas de su maestro Anaximandro, tampoco admite mas principio que uno, y éste corpóreo, el aire. La dilatacion y condensacion de éste fluido bastan á explicar todas las cosas. Una condensacion grande de este elemento inmenso, infinito y en eterno movimiento, nos da los sólidos mas duros, las piedras: y una rarefacion ó dilatacion extraordinaria nos da flúidos y en último término, fuego. No falta quien atribuya á Heráclito de Efeso una doctrina análoga á las de Anaximandro y Anaximeno; pero afortunadamente para la escuela jónica, el filósofo de Clazoménes, Anaxágoras, la detuvo en esa tendencia grosera y perniciosa que tantos estragos había de causar en aquellas escuelas no menos que en las modernas. Anaxágoras volvió á sostener el espiritualismo de Tháles, si bien deslustrado con la materia eterna, atomística, puesta en movimiento circular por Dios, como medio de produccion de todas las cosas.

Si de la escuela jónica pasamos á la itálica, encontramos que su fundador Pitágoras, en medio de sus iniciaciones y misterios, con sus números y sus símbolos, con su mónada que dividida da origen á la dyada y entrambas á la tryada, especie de quebrado impropio que al fin y al cabo vuelve á ser unidad entera mediante las metempsicosis mas ó menos repetidas, encontramos, digo, que Pitágoras, á la vez que envuelve en densa niebla su doctrina asi filosófica como política, deja traslucir en aquélla gérmenes de emanaciones panteistas, y en poli-

tica rasgos de un verdadero comunismo. No es de extrañar pues, que la escuela eleatense desarrollando estos gérmenes, nos presente diversos bien marcados que pasando hasta por el materialismo terminan en el sofisma y en el escepticismo. En efecto; Jenófanes sienta abiertamente el panteísmo, y niega hasta la posibilidad de la creación; dando por prueba el tan trillado equivoco de que «*ex nihilo nihil fit.*» Parménides establece el mismo principio de unidad absoluta; y como se le objetase con la multiplicidad testificada por los sentidos, repuso sin inmutarse que las cosas finitas no son objetivamente reales, sino meras apariencias; de este modo inició el panteísmo idealista más de dos mil años antes de que Hegel viniese al mundo. Zenon de Elea insistiendo sobre la enseñanza de su amigo Parménides, quiso probar la imposibilidad de lo contrario; sacando argumentos *ad absurdum* de la divisibilidad de la materia, del movimiento y del espacio; y, tal vez sin intentarlo, abrió la puerta al escepticismo absoluto. Empedócles, el célebre víctima del Etna, enseñó el dualismo; mientras que Leucipo y Demócrito calculaban el efecto de sus átomos, con sus figuras, sus ganchos, sus movimientos y sus fuerzas, colocándose en el polo opuesto al idealismo. De unos y otros salieron los escépticos Górgias y Protágoras, que partiendo de distintos puntos vinieron á negar de consuno la verdad objetiva, y el primero hasta la subjetiva; y la degradación filosófica llegó á tanto en la Grecia que hubo quien, como Diágoras, enseñó públicamente el ateísmo; si bien con inminente peligro de su cabeza puesta á precio por los mismos atenienses. Critias, Polo, Calicles y Trasímaco son nombres de triste recuerdo en esta época, no solo en materia de filosofía sino principalmente en la de costumbres, y en lo que mira á la política y vida social.

En medio de un tal desbarajuste, la Providencia excitó los géneos de Sócrates, de Platon y de Aristóteles; verdadero triunvirato de la celebérrima escuela ateniense. Sócrates con su dialéctica, con su dialogismo y con su bien manejada ironía no solo confundió y desautorizó á los menguados sofistas, sino que, confesando humildemente la insuficiencia de la razón humana, «solo sé que no sé nada,» estableciendo como incuestionables la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, vinculando la verdadera felicidad en la práctica de

la virtud, y por último, condenado por los atenienses á beber la cicuta por su extraordinaria doctrina, sirvió de poderoso baluarte contra las bruscas acometidas de los falsos filósofos. Platon, el divino Platon, hombre de un gran fondo filosófico y de una doctrina admirable por su extension y sublimidad, no pudo sin embargo sustraerse á la rudeza de la época; errando acerca del origen de la materia, á la que supone eterna y principio del mal, y del alma humana á la que presenta como emanada de la mundana que para él existe como emanada á su vez de la divinidad; defiende tambien la metempsícosis desde los astros hasta los irracionales, y dá compasion verle caer en aberraciones prácticas gravísimas en materia de república. Pero lo que mas celebridad ha dado á Platon en las escuelas, es su teoria sobre el origen de las ideas. Desenvolviendo tal vez pensamientos de su maestro Sócrates, é intentando un supremo esfuerzo contra el sensualismo, el fundador de la Academia sienta que el alma humana no solamente existirá despues de su separacion del cuerpo, sino que ha existido mucho ántes de unirsele, ó por mejor decir, mucho ántes de que por sus culpas fuese separada de la divinidad, en cuya eseneia adquirió intuitivamente un gran caudal de ideas de las que las actuales no son sino recuerdos y las mas veces simples reminiscencias: famosa teoría que desde su invencion hasta nosotros no ha dejado de ser objeto de animadísimas controversias. Discipulo suyo insigne fué por mas de veinte años el filósofo de Estagira, el fundador del Liceo, el preceptor de Alejandro Magno, el respetado Aristóteles. Este hombre cuyo método filosófico, cuya lógica especialmente ha conseguido dominar en casi todas las escuelas hasta la edad contemporánea, disiente notablemente de Platon en lo relativo al origen de las ideas. Sentando como principio que *«nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu,»* niega al espíritu humano el estado de intuicion deífica en que Platon lo colocara, y no admite mas fuente de conocimiento que la de los sentidos; ántes del desarrollo de los sentidos el alma es en boca de Aristóteles *«tamquam tabula rasa in qua nihil est depictum.»* No estoy conforme sin embargo con los que hacen á este filósofo padre legítimo de Locke y Condillac. El talento de Aristóteles es demasiado notable para contentarse con una filosofia puramente

sensualista. Es verdad que con el nombre de aristotélicos se han vendido errores crasos y doctrinas materialistas, pero Aristóteles distingue perfectamente entre los sentidos y el entendimiento, entre la sensación y la idea; y si bien hace depender ésta de aquélla, es únicamente en el terreno práctico, en el terreno de los hechos. La lógica es según él, el órgano de toda la filosofía, que enseña á elevarse de lo inmediato y singular (verdadero objeto de los sentidos) á lo mediato y universal, (principios ó leyes debidos á la actividad intelectual excitada por los sentidos.) Su método es pues tan analítico, como sintético habia sido el de Platon. Sus categorías ó universales, y su distincion entre la materia y la forma son harto conocidas, y le colocan á igual distancia de Platon que de Demócrito. Admite el alma humana como entelechia distinta del cuerpo, aunque no está bien averiguado si le concede ó no personalidad propia. La eternidad del mundo, el movimiento eterno, algo de falta de conexion científica, y cierta fluctuacion no bien definida entre el espiritualismo y el materialismo son manchas que no es de extrañar se vean en el fondo de un cuadro filosófico anterior en cuatro siglos al establecimiento del Cristianismo.

Pero dejemos en paz á estos tres génios griegos cuya historia siempre será una digresion, aunque digresion grata, en este discurso; y fijémonos en los desvíos de la razon humana durante el mismo tiempo. No todos los discípulos de Sócrates fueron Platones ni Aristóteles; los cínicos, los cirenáicos, los de la escuela megárica y Pirron con sus escépticos son otros tantos descendientes del fundador de la escuela ática. Aparte de su desvergüenza é insociabilidad, nada habria que decir de los cínicos si no hubieran traido en pos á los estóicos, quienes al lado de una moral severa abrigaban el panteísmo, el fatalismo, la metempsicosis y otras doctrinas no menos erróneas. Cuéntanse anécdotas de los cínicos que revelan su grosería é inurbanidad; pero si se quiere uno de los retratos menos indecentes, allá va el del famoso Diógenes, de cuya gran sabiduría y raras prendas como hubiese llegado la fama hasta el mismo Alejandro de Macedonia, éste, deseoso de conferenciar con él, se aproximó al tonel ó cuba donde el cínico vivía, y habiéndole preguntado cuáles eran sus deseos

sus caprichos, su ambicion etc. para satisfacerlo en el acto, Diógenes con desdeñosa mirada contestó: «Lo que deseo es que te retires de ahí, que me estás quitando el sol.» Los cirenáicos, materialistas en filosofía, fueron en punto á conducta dignos predecesores de Epicuro y los suyos, quienes á su vez han sido rehabilitados en los últimos tiempos por Helvecio y otros *ejusdem gregis*. Ateos todos ellos ó semiateos, nada veian mas allá de la tumba, ni reconocian otra idea de felicidad que la que se basa en la mayor suma posible de placer sensual. La escuela megárica, abusando igualmente de la dialéctica socrática, llegó á degenerar en sofisteria; hasta que por fin y como último desenvolvimiento de gérmenes anteriores, aparece en la escena el apóstol del escepticismo, el renombrado Pirron. Es verdad que ni él mismo pudo sostenerse bien en el nuevo mundo de las apariencias, y que mas de una vez, para dar alguna razon de su inconsecuencia práctica, tuvo que apelar á la dificultad de desprenderse por completo de la naturaleza; pero tambien es cierto que su descabellada enseñanza dió sus frutos en la nueva Academia fundada por Arcesilao, y en la novisima que lo fué por Carnéades. Una y otra escuela negaron la posibilidad de toda certeza, si bien admitiendo la probabilidad como fundamento de la vida. Un poco mas tarde aparecen Enesidemo repitiendo los diez motivos de duda universal que se atribuyen á Pirron, y Sexto Empírico que trabajó por reducir á sistema las teorías escépticas. Sexto Empírico distingue entre lo fenomenal ó aparente y lo trascendental ó real. Lo primero es lo único que él admite; de lo trascendental dice que nada podemos saber. Y en efecto, no habiendo en el alma mas que sensaciones, ó sea fenómenos subjetivos y contingentes, la verdad científica es imposible; porque no hay principio alguno de donde se deduzca, y porque la induccion, sin el principio general de la estabilidad y uniformidad de las leyes naturales, no conduciría á nada sin el exámen minucioso de todos los hechos sobre que se hubiera de inducir; lo cual es imposible.

Ni aun el mismo Ciceron se sustrajo completamente á la influencia de la filosofía escéptica. Admirador de Platon no menos que de Aristóteles, el padre de la literatura latina, sin formar escuela espe-

cial, embelleció la filosofía con la galanura de su frase; y abiertamente hostil á la moral de Epicuro, nos dejó en sus obras datos preciosísimos para la historia de la filosofía. En su tiempo, y desde que Roma conquistando la Grecia recibió de ella la ley en filosofía, no faltaron en la capital del pueblo-rey partidarios de las diversas escuelas mencionadas; unos, como Escipion el africano, los Catones, Múcio Escévola, Bruto, Séneca y Marco Aurelio se adhirieron á la severidad estóica; otros, como el citado Ciceron, se inclinaron por la nueva Academia escéptica, y algunos como Lucrecio y el mismo Horacio han merecido ser acusados de epicúreos.

Derivacion de la filosofía griega debe considerarse, no ménos que la romana, la filosofía alejandrina. Sometido el mundo al yugo de Alejandro, y fraccionado con la muerte de éste el colosal imperio macedónico, Alejandria fué uno de los grandes centros donde se desarrollaron los elementos científicos de Atenas, merced á la decidida proteccion de los Ptolomeos. El esenio Filon, judío por nacimiento, y platónico por sistema, se dedicó especialmente á la interpretacion alegórica de la Biblia; interpretacion que exagerada por los Talmudistas dió lugar á las doctrinas de los Cabalistas y á cierto panteismo místico que los gnósticos desnaturalizaron hasta venir á parar unos al maniqueismo, otros al milenarismo, algunos al estoicismo y otros al rebaño de Epicuro. La presencia del Cristianismo, y su rápida propagacion fué indudablemente lo que obligó á los gnósticos á procurar á toda costa la conciliacion de la nueva doctrina con los antiguos dogmas del Oriente, y ésta misma fué la causa de que los neoplatónicos, viendo el desprestigio en que comenzaban á caer los sistemas griegos, trataran de rehacerse en Alejandria, combinando el sistema de Platon con el misticismo oriental, y queriendo hacer ver que el Cristianismo no era mas que una derivacion del platonismo. Con este propósito, y de error en error, los neoplatónicos renovaron el panteismo de las emanaciones, el sistema de la unidad absoluta, el idealismo de los eleáticos y algunos otros. El ecléctico Ammonio Sácas fué el autor del neoplatonismo; Plotino fué su principal sectario; Porfirio, famoso por su tabla de predicables, recolectó en las Eneadas los escritos de Plotino, é hizo su apología. Jámblico y

Máximo pueden considerarse como los maestros del apóstata Juliano, que amalgamando su amor al neoplatonismo con su odio y persecución á los cristianos, fué tal vez quien motivó el decreto de Justiniano, por el que se cerraron la escuela de Atenas y las demás neoplatónicas y gentílicas.

Hemos llegado, señores, al momento en que los tan bárbaros como briosos pueblos del Norte, empujando al caduco y carcomido imperio romano, dieron con él en tierra, y sepultaron entre sus ruinas la antigua civilización. Entre todas las instituciones existentes, una sola tenía condiciones de perpetuidad, y esa sola se salvó, el Cristianismo. Destinado á hacer la felicidad de todos los hombres, no desdenó á los destructores del imperio; ántes bien los acogió benignamente, y despojándolos de su natural fiereza, supo sacar partido de su corazón virgen para formar los nuevos pueblos de la edad media.

Desde la irrupción de los bárbaros hasta Carlo Magno las letras se ocultaron entre los pliegues del hábito religioso, sin que se deje entrever mas que uno que otro destello acá y allá que apenas nos permiten unir los dos extremos de aquel tenebroso intervalo. El trivium y el quatrivium, ó sea las siete artes liberales, como entónces decían, constituyen el asunto de los hombres estudiosos de aquel tiempo.

Restablecidas las ciencias á su antiguo favor en la escuela de Carlo Magno presidida por el monje Alcuino, se nos presenta bien pronto de relieve la figura de Juan Escoto Erigena quien de entre las ruinas de la edad antigua, se propuso sacar y sacó en efecto un panteísmo parecido al de las emanaciones. Segun él, Dios constituye la esencia de todas las cosas; todas han salido de él, y todas, depuesta la forma material ó temporal, han de volver á él. Su libro «*De divisione naturæ*,» en que explica estas doctrinas, fué condenado en el siglo XIII. Los árabes de Bagdad y Córdoba no menos que los judíos, cultivaron también entónces la filosofía aristotélica, aunque cayendo algunos en el neoplatonismo, y otros en el panteísmo de Erigena. Alkendi, Alfarabi, Avicenna, Averroés, Maimónides y finalmente Gerberto ó sea el papa Silvestre II son célebres nombres en estas escuelas; pero no todos se contaminaron con el error.

Los nominalistas, representados por Roscelino que considera los

universales como voces sin realidad objetiva, *flatus vocis*; los realistas, capitaneados por Guillermo Campelense, que afirmando la solidaridad de esencia, solo admiten diferencia de accidentes entre los diferentes seres; Abelardo, que buscando un medio conciliatorio sostiene que la realidad genérica no es de todos los individuos in sólido, sino que cada uno participa de ella de un modo finito y determinado; Amaury de Chartres y David de Dinant, discípulos del Campelense, y que enseñaron abiertamente el panteísmo, son los eslabones que faltaban á nuestra cadena para llegar al escolasticismo, á esa época famosa en que el espíritu humano se ejercitó notabilísimamente en la polémica, y en que el ingenio de grandes hombres se aguzó hasta la exageración. No es sin embargo de nuestro intento entrar en este campo tan rico en materiales para la crítica, tan controvertido y tan controvertible, tan abundante en figuras de primera talla cuyos numerosos volúmenes debieran ser mucho mas familiares de lo que son á algunos de nuestros germanizados; y solo diré que el escolasticismo, al fin y al cabo, degeneró en sutilezas, é hizo pensar á todos en una reforma.

En efecto; los hombres pensadores se cansaron del método peripatético; la caída de Constantinopla arrojó á Italia un considerable número de sábios de diversas escuelas; el espíritu de reforma universal, que desde las cruzadas venía trabajando los ánimos, se exaltó con los descubrimientos y sobre todos con el de la imprenta; y como si se presintiese un cataclismo radical en el mundo de la inteligencia, todas las escuelas revivieron de pronto para ser luego metamorfoseadas en otras al parecer nuevas. Lorenzo Valla, Erasmo, Luis Vives y Telesio combaten el escolasticismo; Paracelso amalgama la cábala con la medicina; Angel Policiano y Cardano favorecen el eclecticismo; Jordano Bruno renueva el panteísmo; las antiguas escuelas jónica y platónica tienen sus representantes, y por fin, Montaigne, en sus *Ensayos*, prepara el terreno á la escuela escéptica del siglo XVIII. Pero los verdaderos novadores son Bacon de Verulamio y Descartes, con cuyos nombres se inaugura la edad moderna.

Bacon de Verulamio, gran Canciller de Inglaterra, se propuso combatir el método abstracto de los peripatéticos, y encauzar la inte-

ligencia por un nuevo curso; el método de inducción. El entendimiento humano, según este filósofo, no puede obrar sino sobre los materiales que los sentidos le suministren; y sus funciones principales han de ser la observación y experimentación, sobre cuyas operaciones da minuciosas reglas que hoy mismo recordamos con provecho en nuestras cátedras. Recuérdese no obstante lo que hemos consignado al mencionar á Sexto Empírico, y se verá sin extrañeza que del empirismo de Bacon hayan sacado Locke y Hume un sensualismo que, pasando por el materialismo, viniera á parar en el escepticismo absoluto. Las ciencias físicas y naturales, en cambio, no pagarán nunca á este hombre el nuevo método que les ha dado sin duda alguna la existencia y su admirable desarrollo.

Descartes llamado también Renato Cartesio, fué hombre de un talento filosófico tan privilegiado como muy pocos en el mundo. Como Bacon había dado toda la importancia al método empírico y de inducción, Descartes, pensó darla por el contrario al racional y deductivo; pero al comenzar á edificar su cuerpo de ciencia, quiso dudar de todo, y se encontró con que no podía dudar de su misma duda: «Como los sentidos, dice en su *Discurso sobre el método*, nos engañan algunas veces, quise suponer que no había nada parecido á lo que ellos nos hacen imaginar; como hay hombres que se engañan racionando áun sobre las materias más sencillas de geometría, y hacen paralogismos, juzgando yo que estaba tan sujeto á errar como ellos, deseché como falsas todas las razones que ántes había tomado por demostraciones; y considerando en fin, que áun los mismos pensamientos que tenemos durante la vigilia, pueden venirnos en el sueño sin que entonces ninguno de ellos sea verdadero, me resolví á fingir que todas las cosas que habían entrado en mi espíritu no encerraban más verdad que las ilusiones de los sueños.» «Pero desde luego advertí, prosigue, que mientras quería pensar que todo era falso, era necesario que yo que lo pensaba, fuese alguna cosa; y notando que esta verdad: *yo pienso, luego soy*, era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos no eran capaces de conmoverla, juzgué que sin escrúpulo podía recibirla por el primer principio de filosofía.» Y en otro lugar: «Por la palabra pensar entiendo todo aquello que se

hace en nosotros, de tal suerte, que lo percibimos inmediatamente por nosotros mismos; así es que aquí el pensamiento no significa tan solo entender, querer, imaginar, sino también sentir.» Tenemos pues, que el tan repetido principio de Descartes: «*Ego cogito, ergo sum*» no fué tal vez para su autor un verdadero entimema, ó sea la expresion de un verdadero raciocinio, sino mas bien la exteriorizacion de un hecho de conciencia y de una verdad de evidencia inmediata; por mas que sus discípulos los cartesianos parezcan indicar otra cosa con su otro principio de «Lo que está contenido claramente en la idea de una cosa, puede afirmarse de ella.» Mas cuando Descartes se propone señalar el fundamento de la evidencia sobre que comienza á edificar, no encuentra otro que la infalibilidad de Dios. Tratando despues de definir y determinar la esencia de los cuerpos, la constituye en la extension, y como ésta no tiene límites en el universo, se sigue que tampoco los tiene la materia que se identifica con ellas, resultando por lo mismo imposible el vacío. Confunde también la esencia del alma con el pensamiento, y de aquí saca dos conclusiones igualmente falsas, á saber: que el alma no puede dejar nunca de pensar, puesto que en el pensamiento está su sér, y que los brutos no tienen alma, puesto que de tenerla habria que atribuirle, ó la extension que es la materia, ó el pensamiento que es el espíritu libre é inmortal. El bruto por lo tanto no pasa de ser, en opinion de Descartes, un puro autómatas cuyo mecanismo no es fácil explicar sin acudir á la sabiduria infinita del Criador, á cuyo cargo está igualmente producir los fenómenos tanto fisiológicos como psicológicos en el hombre, con ocasion de sus correlativos ó recíprocos. Es lamentable en verdad, que un ingenio como el de Descartes, por un exceso de valentía, tratase de conmo- ver los cimientos de la ciencia, y viniese, sin mala intencion á lo que juzgo, á sentar proposiciones de tanta trascendencia como peligro.

Por el mismo tiempo, y como desenvolviendo el empirismo de Bacon, aparece en la historia Gasendo que, adoptando y queriendo rehabilitar el sistema atomístico corpuscular antiguo, nos reproduce la doctrina de Epicuro modificada conforme al gusto de la época; aunque con poco éxito. Más celebridad conserva hasta en el día el nombre de Espinosa.

El judío Espinosa, partidario de las doctrinas cartesianas, representa el panteísmo elevado á forma geométrica. Como Cartesio dijo que sustancia es todo aquello que no tiene necesidad de otra cosa para existir, Espinosa dedujo que solo podia haber una sustancia, puesto que solo Dios tiene la razon de su existencia en su esencia; y como Descartes identificó el alma con el pensamiento, y los cuerpos con la extension, no admitiendo sér alguno intermedio, Espinosa afirmó que el pensamiento y la extension son dos atributos del sér único. Pero la definicion de sustancia fué muy mal interpretada por Espinosa; puesto que en la mente cartesiana significaba únicamente la nó necesidad de otra cosa sobre la cual existiese á manera de accidente, ó á la cual modificase; pero sin excluir en modo alguno la causa productora; así es que no solo envolvía la existencia real ó posible de sustancias sujetos de atributos, sino de sustancia causa productora de otras sustancias. Esta produccion, sin embargo, repugna en sentir de Espinosa; porque como dice: «ó la sustancia que produce y la sustancia producida tienen atributos diferentes, ó los tienen idénticos; en el primer caso no puede concebirse que la una sea causa de la otra, porque la causa no puede producir lo que no contiene; en el segundo caso las dos sustancias no son ya distintas. Y en efecto, prosigue; ¿cómo prueba Descartes que el espíritu y la materia son sustancias distintas? Únicamente fundándose en que el atributo de la una, que es el pensamiento, no es la extension, que es el atributo de la otra. No puede afirmarse pues, concluye, la distincion de la sustancia sino por la distincion de los atributos; luego si la sustancia que se supone productora tiene los mismos atributos que la sustancia que se supone producida, no pueden ser dos sustancias distintas.» Como se le objetase que admitida su doctrina desaparece toda contingencia y cae por tierra la libertad base de la moralidad, Espinosa aceptando la consecuencia dice: «Concibase una piedra que se mueve y que sabe que se mueve; al conocer los esfuerzos que hace para el movimiento creará ser muy libre, y que si continúa el movimiento es porque quiere. Esta es la libertad humana de que todos se jactan, y que solo consiste en que los hombres tienen conciencia de sus inclinaciones, é ignoran las causas que las determi-

man.» Tal es el sistema de Espinosa, cuya base no es otra que la confusion del subsistir sin inherencia, ó en sí, con el existir por necesidad intrínseca; y en suponer que no puede ser distinto, sino lo que es diferente. Con razon dice Bayle á este propósito; «el fundamento de todo el edificio no es mas que un muy ridículo sofisma, por el que no se dejarían seducir los principiantes de lógica.» Espinosa sin embargo es el Santo del panteísmo.

En oposicion á las tendencias racionalistas del siglo XVII, se nos presentan en Francia dos escuelas; la mística representada por Pascal y Malebranche, y la escéptico-filosófica por La Mothe, Huet, Bayle y algunos mas. Unos y otros, exagerando la importancia de la razon humana, cayeron en el extremo opuesto, ó sea en la negacion de la posibilidad de toda certeza por los medios racionales.

Casi al mismo tiempo, Locke renovaba en Inglaterra el empirismo sensualista; y no admitiendo mas origen de ideas que la sensacion y la reflexion, cierra la puerta á todo sistema verdaderamente filosófico. Un poco despues, Condillac, no satisfecho con esta doctrina, suprime el criterio de la reflexion, y por medio de su famosa estatua, quiere hacer ver que todo cuanto hay en nuestros fenómenos internos no es mas que la sensacion, ó primitiva ó trasformada. Helvecio y Holvach, con el auxilio de la lógica, sacaron de aquí un epicureísmo larvado y un ateísmo manifiesto; absurdos que sin embargo valieron á sus autores la devocion de los enciclopedistas y demas notabilidades impías de la Francia; como D'Alembert, Diderot, Voltaire y compañía. Berkeley, viendo los resultados del sistema sensualista de Locke, se colocó en el extremo opuesto haciéndose idealista. Hume no contento con esto llegó á hacerse escéptico en absoluto. Vico, el filósofo napolitano, sienta el principio de causalidad, y establece que solo conocemos bien lo que causamos y en la proporcion que lo causamos; por esto, dice, no podemos conocer con seguridad nada de las ciencias de observacion, y sí mucho de aquellas cuyas combinaciones son nuestras como las matemáticas. Semejante sistema lleva derechamente al escepticismo.

Leibnitz. El respeto hácia este hombre extraordinario me impide entrar en el exámen crítico de su doctrina; de ella pudieran sacarse

cargos muy graves; pero ello es que el autor hace las salvedades correspondientes para dejar en buen lugar su personalidad. Pasemos pues inmediatamente á la exposicion ceñida del sistema de Kant y demas prohombres de los siglos pasado y presente.

Kant, el filósofo de Kœnisberg, imitando en parte el procedimiento de Descartes, se fija en el yo, y hace venir al tribunal de la critica á todas sus facultades. Comenzando por el exámen de la sensibilidad, distingue en ella la sensacion y la intuicion; en la sensacion, que no es otra cosa que la accion de los objetos sobre el yo, éste desempeña un papel meramente pasivo; no así en la intuicion, por la que entiende la percepcion activa, ó sea el acto por el que el yo excitado por la sensibilidad se dirige al objeto. Téngase presente que al hablar de objetos no se dice nada de su apariencia ó realidad, sobre lo cual hay que distinguir lo que Kant llama fenómenos de lo que llama noumenos. Fenómeno es el objeto indeterminado de la intuicion empírica, y noumeno es la realidad de la cosa en si misma. Por la sensibilidad adquirimos noticia de los fenómenos, pero los noumenos no son de su provincia. En todas las funciones cognoscitivas es indispensable distinguir bien la materia y la forma: la materia es aquello sobre que el acto versa, y forma es la condicion ó el conjunto de condiciones subjetivas á que está inevitablemente ligado el yo en el ejercicio de sus funciones. Segun esto, no pudiendo tener intuicion interna sin mezclarla con la idea de sucesion ó sea del tiempo, y no pudiendo tenerla externa sin suponer el objeto fuera de nosotros, ó sea sin la idea de extension, se sigue que el tiempo y el espacio son dos condiciones subjetivas de nuestras intuiciones, ó lo que es lo mismo, su forma; pero como la forma es siempre puramente subjetiva, y no es posible pasar con seguridad de lo subjetivo á lo objetivo, se sigue tambien que nada podemos afirmar de los noumenos, ó sea de la realidad del no-yo. Examinando luego la inteligencia, encuentra que la materia de los conceptos ó juicios implícitos son las intuiciones sensibles, y que los conceptos son á su vez la materia de los juicios explícitos ó reflejos; pero como no es posible juzgar sin que nuestros juicios se refieran ó á la cantidad, ó á la cualidad, ó á la relacion ó á la modalidad de sus términos, se infiere que la cantidad,

la cualidad, la relacion y la modalidad son las formas de la inteligencia, y que por tanto nada podemos afirmar de los objetos bajo estos respectos ó categorías. Por fin examina la razon ó sea la facultad de raciocinar, y como todos nuestros raciocinios pueden incluirse en tres clases, á saber: categóricos, hipotéticos y disyuntivos, dice; los juicios categóricos, por medio del principio de inherencia, nos llevan á la idea del sujeto absoluto, ó que no pueda ser predicado de nadie; los juicios hipotéticos, por medio del principio de causalidad, nos llevan á la idea de la causa absoluta, ó que no pueda ser causado de ninguna otra, y últimamente los disyuntivos, por medio del principio de comunicacion ó de dependencia nos conducen á la idea de la totalidad absoluta, ó que no puede ser parte de otro todo. De tal manera, que las ideas del ser absoluto tanto subjetivo como objetivo, el yo y el no-yo, del principio absoluto, ó sea Dios, y del todo absoluto que es el mundo, son las tres formas de la razon humana en sus procedimientos; pero como ninguna de ellas es perceptible por la experiencia, resulta que solo tienen un valor regulativo sin correspondencia alguna objetiva. En resúmen: todo lo que es objeto de nuestro conocimiento, desde la intuicion hasta el raciocinio, ó es observable ó no lo es; si no es experimentable, no tiene realidad alguna objetiva, y por lo tanto queda encerrado completamente dentro del yo; si es experimentable y observable por los sentidos, entónces tiene realidad objetiva, pero incógnita é incognoscible, puesto que todo procedimiento para averiguarla habria de fundarse en las leyes de la inteligencia, es decir, en el elemento puramente formal; es decir, en lo meramente subjetivo.

Fichte, dando un paso mas en la oscura senda de la filosofia alemana, pasó del idealismo trascendental de Kant al panteismo idealista mas puro; sin tener que hacer para ello mas que insistir en la doctrina del mismo Kant. Y en efecto; ¿porqué este filósofo admite las intuiciones sensibles como objetivamente reales, y rechaza las nociones de la razon pura como privadas de toda realidad objetiva? No hay otra razon sino la de que no puede probarse esta realidad objetiva; ó lo que es lo mismo, que no hay paso posible de lo meramente subjetivo á lo objetivo; pero ¿será capaz nadie de probar la

realidad objetiva de las intuiciones sensibles por los principios de Kant? ¿No será preciso para esto admitir mas pronto ó mas tarde el tránsito tan rechazado? Y discurriendo así, y añadiendo á su sistema una buena dosis de oscuridad y de vana palabrería, termina por divinizar el yo, y por rechazar absolutamente todo lo que no sea esta divinidad única.

Schelling, que al hablar de los otros filósofos alemanes dice que se parecen á aquellas familias que se separan del resto del mundo para vivir únicamente entre ellas, y que acaban por adoptar, además de otras singularidades, expresiones que les son propias y que solo ellas mismas pueden entender; Schelling, digo, establece tambien su sistema; pero basado en la identidad absoluta de lo subjetivo y de lo objetivo, y que en pocos términos viene á reducirse á lo siguiente: Tanto el yo subjetivo como el no-yo objetivo pueden servir de principio de ser y de conocer; pero como uno y otro son relativos, se refieren á otro principio absoluto en que se confundan el yo y el no-yo, el ser y el conocer, la materia y el espíritu. Esta identidad no puede probarse por raciocinio, no puede demostrarse por filosofía, puesto que es el fundamento de todo conocimiento; pero se puede demostrar que no hay conocimiento sin esta identidad, y ésto basta. Así pues, la percepción inmediata, la intuición pura de la razón es el único órgano ó medio para conocer la verdad. La filosofía es la ciencia de lo absoluto, de la identidad de lo subjetivo y de lo objetivo, ó sea la indiferencia de todo lo diferente; en lo cual consiste precisamente la esencia de Dios. Esta identidad es lo único que existe, y fuera de ella no hay nada. Ella es la única sustancia; todo es Dios. Los demás seres no son sino otras tantas *posiciones* de Dios, modos y formas de existir de la misma identidad absoluta; sin que puedan decirse finitos sino en cuanto se consideran aisladamente, ni distintos sino en cuanto se comparan unos con otros. En Dios todos los diferentes se identifican. La fuerza que obra en el mundo real y la del mundo ideal es una misma; pero se manifiesta en aquél con un exceso de realidad; en éste con un exceso de idealidad; duplicidad y polaridad que uniéndose luego mutuamente forman la identidad en la triplicidad. Cada cosa es una diferencia cuantitativa de la idealidad y de la realidad;

una forma determinada de la identidad absoluta. Tal vez no encontréis muy ajustado á razon que este filósofo motejase de oscuros á sus compatriotas; pero tened la paciencia de oír un poco más.

Hegel, panteísta idealista como Schelling, admite la unidad absoluta; pero como no es propio de grandes talentos copiar fielmente á los que fueron sus predecesores, cambia el nombre á su piedra filosófica, y en vez de identidad absoluta la llama idea. La idea es, como dice Castelar haciendo la apología de este gran maestro de la escuela alemana, la idea es aquel sér de su filosofía, que indeterminado ó vago en las profundidades de la eternidad, se concreta por la existencia, se define por la contradicción; pasa de la pura lógica á la lógica real, de la lógica real á la naturaleza inorgánica, de la naturaleza inorgánica á la naturaleza orgánica; y despues de haberse irradiado por los espacios infinitos en mundos, sobre los cuales fuerzas físicas y químicas producen las especies, se alza á ser espíritu, primero subjetivo ó individuo, luego objetivo ó sociedad; y se eleva á Estado, y desde el Estado al Arte, donde la realidad y el ideal se identifican en amor inextinguible; y desde el Arte á la Religion, que une lo finito con lo infinito, y en cada sér humano encarna el Verbo divino; y desde la Religion á la Ciencia, en que triunfa la razon pura, hasta llegar, despues de haberse movido en séries tan perfectamente sistematizadas, despues de haberse agrandado en fases tan necesarias y sucesivas, desde sér indeterminado y vago á sér absoluto y perfecto, en la plenitud de la vida, de la conciencia, de la posesion de sí mismo; aquel sér en su comenzar confinando con la nada y al término de su viaje cosmogónico y espiritual adquiriendo lenta riqueza de vida, contiene la eterna sustancia del progreso.» (Tomado literalmente de la Revista Europea, núm. 1.º pag. 1.ª) Señores; si este período no esclarece filosóficamente el sistema de Hegel, lo retrata al ménos. Yo no añadiré por hoy una sola palabra.

La exageracion racionalista habia llegado á su colmo; la escuela alemana parecia desvanecerse en medio de su nebulosidad; no hay que extrañar pues si la escuela que podemos llamar francesa, siguiendo la ley que en todo el curso de esta reseña venimos observando, caiga en el extremo opuesto, sosteniendo con Jacobi, que la razon conduce

siempre al error, y solo el sentimiento á la verdad; ó con Laménais, que el único criterio de verdad es el consentimiento comun por el cual se rigen hasta las matemáticas; ó con Bautain, para el cual no hay mas fuente de verdad que la revelacion.

La Francia es igualmente desde entónces el teatro del materialismo mas grosero; Cabanis coloca en el sistema nervioso todas las facultades anímicas; el sistema nervioso es el hombre: «El cerebro, dice, es el órgano particular destinado á producir el pensamiento, como el estómago y los intestinos á hacer la digestion. Los alimentos caen en el estómago con sus cualidades propias, y salen con cualidades nuevas. El estómago digiere. Así, las impresiones llegan al cerebro por mediacion de los nervios, esta viscera entra en accion, obra sobre ellas, y en seguida las vuelve metamorfoseadas en ideas: de donde podemos concluir con la misma certeza, que el cerebro digiere á su manera las impresiones, y hace orgánicamente la secrecion del pensamiento.»

De Tracy, Volney, Broussais le siguieron en el materialismo aunque con sistemas un tanto distintos: todos ellos son destructivos de la libertad individual, y por tanto de la moralidad y de la sociedad. La craneología de Gall y el sistema de Azais bien pueden incluirse en el mismo grupo. Unos y otros contribuyeron á hacer bueno el dicho aquel de que, el espíritu humano dejado á sus fuerzas es como un borracho á caballo, que cuando se endereza por un lado se tuerce por el otro.

Como iris de paz en medio de tanta borrasca, aparecen en nuestro siglo Cousin con su escuela ecléctica en Francia, y Krause en Alemania con sus reformas y refundiciones. De los numerosos escritos de Cousin solo diré que, sin desarrollar un pensamiento determinado y fijo, es un repertorio completísimo para todos los gustos. No es de extrañar que su prestigio esté en baja. Por lo que respecta á Krause, los limites del discurso no me dejan espacio para reseñar su doctrina con el detenimiento que es preciso. Dia llegará, Dios mediante, en que podamos dedicarnos exclusivamente á él y á sus mas célebres discípulos. Por hoy, baste con haber expuesto en la forma que ha sido posible el cuadro sinóptico de los errores filosóficos hasta nuestros

dias. Por él puede sin dificultad entenderse que en la historia de la filosofía como en la historia en general, la humanidad es la misma, y las leyes porque se rige constantes en medio de su variabilidad; el círculo dentro del cual se revuelve la razón humana es férreo é inquebrantable por mas que no siempre aparezca bien marcado; no mereciendo otro nombre que el de soñadores los que en su orgulloso desvanecimiento se empeñan en hacer la apoteosis del sér humano.

Panteismo, dualismo, materialismo, idealismo, ateismo y escepticismo combinados en diversas proporciones y expuestos en una ú otra forma es todo lo que la ciega razón ha dado de sí, en los veinte y tantos siglos cuyos datos filosóficos conocemos, al intentar resolver las grandes cuestiones que reasumen el campo todo de lo inteligible. A refutar en parte estos errores, y á evitar en lo posible que estos mis queridos alumnos participen del contagio, se encaminarán todos nuestros esfuerzos; y éste será igualmente el objeto preferente de los discursos sucesivos.

HE DICHO.

Colegio de 2.^a enseñanza en El Rasillo de Cameros á 15 de Setiembre de 1874.

José Saenz Navarrete.



